



VIAGE A LA NUEVA GRANADA.

(Conclusion).

Tres horas despues llegamos á una montaña, desde donde se descubria la aldea, y hasta entonces no habia visto pájaros colingas que nos hubieran podido servir de alimento, revoloteando únicamente los pájaros moscas por delante de nosotros. Ya no nos faltaba mas que una cuesta muy pendiente que bajar para entrar en el pueblo, en donde afectivamente entramos y ví á mi derecha un especie de cobertizo que me dijeron era la Iglesia: luego habia una plaza y en medio de ella una cruz. El cura estaba descansando delante de la puerta de su casa en una hamaca, pues que habia llegado á las 11 de la mañana, habiendo pasado la noche en un rancho. Dan este nombre á un especie de barraca que hacen los indios con un foso alrededor para librarse de que el agua les inunde, y para esto los hacen siempre en una pendiente ó cuesta. No hacia mas que tres dias que habia salido de Pasto y tenia suma necesidad de reposo, porque las cuerdas con que me habian atado los tabillos me los hincharon de tal manera que no podia dar un paso; ademas tenia las piernas en carne viva. Viven en Santiago 250 indios en casas formadas de cañas de bambú sobre las cuales echan tierra: el clima de este pais hace que necesiten un resguardo mayor que en el pais que llaman tierra caliente, y la única pieza que constituye la casa tiene por suelo la dura tierra. En el centro de esta pieza hacen el fuego, rodeándola de algunas piedras que sirven de bancos, y el humo sale por las rendijas del techo. Alrededor de este cuarto hay unas especies de bancos hechos de bambús que sirven de camas á la familia; en un rincon se ven dos palos cruzados que constituyen el dormitorio de las gallinas, y en el otro por lo regular está brincando un mono; el tercero queda reservado para colocar las cerbatanas con las flechas envenenadas; y por último, en el cuarto se ponen los pucheros. Los cerdos se pasean por todas partes, pues que los indios son aficionados á ellos, y dos ó tres perros flacos y mohinos custodian la casa con sus tesoros.

Este pueblo está edificado en una de las mesetas de las

cordilleras de los Andes; cultivan el maíz, alimento ordinario de sus habitantes. La caza es únicamente de venados, muy abundantes en aquel pais; matándolos con flechas de 30 centímetros de largo que despiden con sus cerbatanas á mas de 60 pasos de distancia.

Los sábados hacen una procesion los indios de Santiago cantando ó coros letrillas compuestas en su lengua primitiva, pero el cura no toma parte en esta ceremonia. Los habitantes nombran tres alcaldes para la administracion del pais. El primero es siempre un anciano, llevando en señal de autoridad un baston de junco con puño de oro.

Siete dias hacia que permanecia en Santiago, y nadie habia querido todavía ir á buscar la maleta que habiamos abandonado en el bosque, siendo el motivo de esta negativa que pesaba 20 libras mas del peso que ellos tienen prefijado como máximo: no teniendo estos hombres necesidades, no trabajan sino cuando la oferta que les hacen les agrada, ó cuando tienen deseos de satisfacer la malhadada pasion de la bebida. Por lo demas el cura me aseguró que seria fácil enviar un hombre de Sebundo, y aunque todos sabian que la maleta contenia objetos de valor nadie la tocaria.

Sali de Santiago acompañado de don Fernando el 15 de marzo y no puedo comparar la vejetacion de este pais no siendo con la de Coban en la América central: bien es verdad que en los dos paises duran las lluvias 10 meses. A las 5 entramos en Sebundos, pueblo mas populoso que Santiago, y el cura, que vive en una y en otra aldea me condujo á su casa, compuesta de dos cuartos pequeños de tapias de tierra, un taburete de madera, una mesita y una banqueta de bambú que servia de cama, era lo que constituia su menaje. Un hombre vigoroso consintió por fin en ir á buscar mi maleta que la trajo tres dias despues: exigió de mí por este servicio dos hachas, dos cuchillos, un espejo, componiendo todo ello el valor de unas 100 rs.

Los indios de Sebundo, así como los de Santiago, hacen

pucheros, escudillas y cubitos de madera, no teniendo otro instrumento para hacerlos que una tacba, llevando á vender estos objetos á Pasto, de donde los cambian por aguardiente y sal.

El 20 de Marzo llegó un joven oficial de la república, llamado Manuel Carrasquillo, seguido de indios que conducían mercancías. El objeto de su viaje era buscar oro y piedras preciosas, y acordamos con él que no soldaríamos de Selundoy hasta el día 28. Este día nuestra escolta, compuesta de 32 indios, se presentó delante del cura para recibir su bendición, y después de haber abrazado al bondadoso don Fernando nos pusimos en camino.

No bien habíamos andado 200 pasos de la aldea, pasamos la casa llamada *Chaquea*, donde daban principio las dificultades, y hasta llegar á Mocoa no teníamos esperanza de encontrar ni un solo habitante. El silencio de estos grandes y magníficos bosques no se interrumpía, sino por los ruidos de los tigres, los chillidos de los monos y pagayos y el silbido de las serpientes que en esta parte se encuentran en gran número, siendo muy raros los condores.

Estando un día solo en la orilla del Patoyaco con un indio que me servía de criado, persiguiendo un diminuto pájaro de la familia de los manaquins, desconocido para mí, casi puse el pie en una serpiente de cascabel que se presentaba con malas intenciones para conmigo; pero estaba tan cerca de ella que tuve gran dificultad de moverme sin poner el pie en las ramas que probablemente la hubieran tocado: la prudencia exigió que obrase según lo había hecho en circunstancias iguales; cogí al animal por el cuello, se me enroscó al cuerpo, y me oprimió tan fuertemente que me privó de la respiración; hice señas á un indio para que acudiese á mi socorro, pero en lugar de dirigirse hacia mí, trató sin que lo volviera á ver. Durante un cuarto de hora luché con el animal, que me llevaba precisamente hacia el punto en que había dejado un frasco con veneno; pude al fin cogerle, y destapándole, derramé algunas gotas en la boca del animal, que al punto murió.

Este veneno tan activo que mata instantáneamente, no es mas que una fuerte infusión de tabaco en aguardiente.

Cuando mis indios vieron que llevaba esta serpiente y supieron el modo con que la había muerto se sorprendieron maravillosamente; desde este día me tuvieron un gran respeto; todas las mañanas me pedían la bendición, y sobrepusieron su estimación de la que tenían á D. Manuel Carrasquillo, quien ciertamente estaba dotado de mas fuerza y energía que yo, pero que aun no había demostrado su valor.

Sin contratiempo alguno pasamos el 4 de abril el Patoyaco, dirigiéndonos hacia el río de San Franciscoyaco, delante del cual debíamos acampar nuevamente. Antes de llegar á este río, tuvimos que atravesar tres montañas tan escarpadas, que nos fué preciso para trazar por ellas hacer tanto uso de las manos como de los pies, haciéndome en esta ocasion enteramente inútiles mis portadores.

En seguida pasamos sucesivamente los rios de Titango, y Ninayaco, haciendo noche unas veces en las grutas naturales y otras en los ranchos construidos de cualquiera manera, sin mas alimento que mazorca de maíz asadas ó cocidas.

Cuanto mas avanzábamos era mas admirable la naturaleza; encontrábamos árboles y plantas del cenador, cuya magnificencia y hermosura sobrepusieron á toda descripción; ya no veíamos á los condores sino en las alturas, cuando pocos dias antes los teníamos á tiro de fusil, pero los monos los hallamos donde quiera. Encontraron los indios en estos bosques una planta muy parecida á la lechuga, aunque de hojas mas largas y mas estrechas, y si se ha de dar crédito á lo que dicen, estas hojas sin cortezas y condas hacen el efecto de un acescente vomitivo, pero la corteza es solo purgante. También sacaron una especie de leche de una fruta tan dura como el coco y poco mas ó menos del mismo tamaño. Esta leche se parece mucho á la que contienen las cajas de conserva; es muy gruesa y con solo batirla un poco se obtiene una especie de manteca de buen gusto y que puede servir como el aceite, así es que le dan el nombre de mantecosa, y le produce una clase de palmera llamada *Virus chonta*.

Continuamos nuestro camino fluyendo continuamente; pasamos los rios de Sarayaco y Chapuxano; llegamos cerca del Chapacali y nos vimos en la necesidad de disponer un campamento porque las aguas habían crecido. Veinte y

siete dias pasamos delante de este río, sin poder salir apenas de nuestros ranchos, siendo el mio tan estrecho que tenia que bajarme mucho para entrar en él. Para libertarme de los mosquitos hice una puerta del alambre que tenia destinado para hacer jaulas y poner en ellas á los pájaros-moscas que cogia vivos. Casi todo el tiempo le empleaba en fumar y en sufrir, pues que conocí que mi salud me abandonaba. Así es que mis salidas eran muy raras y siempre desgraciadas. Una vez uno de mis indios estribero, habiéndose alejado unos cien pasos de mí, le mordió una serpiente en una pierna; cuando llegué junto á él, le hallé inchado y echando espuma por la boca: me fué imposible abrirle los dientes para que tragase el antidoto que yo poseía compuesto de una especie de haba, llamada *Cedron* que se encuentra en las cercanías de Santa Fé de Bogotá. Mucho aumentó nuestra tristeza la muerte de este hombre. Otra vez, persiguiendo á un pájaro-mosca casi en una especie de pozo, cuya boca estaba oculta con malezas, me creí perdido; no habia medio alguno de salir de él, pero mi perro ladraba con tal fuerza que fué oído de seis hombres, y vinieron donde estaba, y me ayudaron á salir; me dijeron que era un lazo de que se sirven los salvajes para coger fieras, aun en el día, y que se encuentran muchas veces porción de ellos á muy poca distancia unos de otros.

Luego que decrecieron las aguas continuamos nuestra marcha, y llegamos al gran río de Mocoa, en el que desembocan la mayor parte de los ya citados, á escepcion del de San Franciscoyaco y otro llamado Pulfnayaco que desaguán en el de las Amazonas, que habíamos pasado en una balsa hecha con varas de Agacé; el interior de estas varas es esponjoso como el corcho, y son muy estimadas por los automólagos que pueden emplearlas por apresar por medio de ellas los insectos.

Mis indios me enseñaron una clase de junco delgado llamado *hoca*, del que sacan un jugo que ellos beben, diciéndome que esta bebida les daba fuerza, y no dejaban de beberla cuando tenían proporción, pero siempre con moderación, pues de otro modo enfermaban, y les era suficiente la porción que pudiera caber en una pequeña copa. El 9 de mayo pasamos sin grandes dificultades el río Mocoa dividido en cinco brazos.

Mocoa se compone de diez cabañas reunidas, y unas cuarenta de ellas dispersas en los bosques. Sus habitantes se pintan la cara y cuerpo con una materia grasienta encarnada que sacan de un arbusto llamado *achilote*, cuyas hojas son grandes, tiene una corteza espinosa, blanda, de un espesor de casi tres dedos y llena de unas pequeñas semillas negras y cubiertas de gran cantidad de dicha materia, de la que se sirven tambien para sus guisos. El carácter de estos habitantes es dulce, aunque están en continua comunicación con bárbaros y antropólogos: viven de pescados, de bananas y de *moa*, excelente grano harinoso; su bebida en los dias de fiesta es la *Chicha*. Carecían en aquellos dias de salado de *tapir* ó *danta* y de javalí que les llevaban los indios de San Diego, pequeña villa situada á algunas jornadas. Hacen un gran comercio con la cera que las llevan los salvajes: la cambian por lo que les es necesario con los vecinos civilizados. En Mocoa se caza mucho con corbatana y flechas como en Sebundol, poniendo en las flechas dos clases de veneno vegetal: el uno mata inmediatamente; el otro enerva y hace morir á los pocos instantes, causando vómitos, siendo antidoto para uno y otro veneno la sal: un hombre que tenga sal en la boca, dicen ellos, puede recibir veinte y cinco flechas, sin que le causen mas mal que la picadura. No sucede así en *Rio-Hacha* en el Océano Atlántico, en donde los *guagros* emplean un veneno, cuyo antidoto no pueda descubrir durante mi permanencia entre aquellos salvajes.

La mayor parte de los indios de Mocoa se hacen seguir de un pájaro *trompetero*: el *Agami* ó el *psophia crepitans*, de los naturalistas, que causa un ruido de que tomó su nombre: esta sonido parece no salir de su pico, sino de la rabadilla, y por esto se le dá el epíteto que forma parte en el nombre latino. Así que este pájaro advierte la presencia de una serpiente, se aproxima, combate con ella, y muchas veces la mata. Todos los dias el *trompetero* saluda á su amo batiendo las alas. Es de todos los pájaros el que más se une al hombre.

No dejaré de hacer mención de muchos árboles que se encuentran en las inmediaciones de Mocoa. Uno que se llama *Caspi toracha* (árbol de la sarna) es de una altura me-

diana, copudo, con hojas grandes y brillantes, verde claro por la parte superior, velludas, melosas por la inferior y de un olor desagradable. Los animales pueden sin peligro comer de estas hojas y dormir cerca del árbol, pero el hombre que se cubija bajo su pérfida sombra, es herido de una fiebre maligna y cubierto de una sarra difícil de curar. Si se queda dormido, ó muere, ó se despierta con las agónias de la muerte, y es notable á ser verdad lo que se me dijo, que el humo de este árbol es un preservativo infalible contra esta misma influencia. Así, llevando en la mano un tizo á medio encender, puede ponerse cualquiera al lado de este árbol sin peligro.

El Bejuco es una planta de color blanquecino y de espesor de uno ó dos dedos, tan alta como el árbol mas elevado, y algunas veces encorvándose toca á la tierra. Cuentan los indios que cuando una persona pasa cerca de esta planta, se la vé moverse, y que aproximándose mucho, se agita con violencia y algunas veces se desprende un pedazo y sacude con fuerza al viajero.

Sali de Mocoa á fines de mayo, acompañado solamente de doce indios, cargados de efectos y de mercancías, y de otros dos que me servían de criados. Caminaba á pié tranquilamente, sostenido la mayor parte del tiempo por mis indios, admirando á cada paso la belleza y magnificencia de la naturaleza, y las innumerables riquezas que ofrece esta parte de la América. Noté una especie de planta que nace al pié de grandes árboles y que se une á ellos fuertemente, hasta que otra planta de igual especie se une á su vez y la destruye. Se saca de esta planta una resina llena de propiedades muy activas, y que entra en la composición de varios remedios, segun me digeron mis compañeros. Llegamos á San Diego el 4 de junio, época en que yo pensé morir antes de llegar á la aldea; el calor era excesivo y me arrepentí de haber venido allí, no creyendo poder realizar mi proyecto de volverme á través de tierras ardientes, á Pará por la Caqueta y río de las Amazonas.

Luego se colgó mi hamaca, me oché en ella y me dormí. Al día siguiente cuando desperté me encontré todo ensangrentado, y creí que hubiese sido sangrado por murciélagos ó vampiros, lo que no había sucedido á Manuel Carrasquilla que tuvo cuidado de poner una red delante de su ventana. La sangre que derramé, me debilitó hasta el extremo de no poder hablar, y así aconsejé á mi compañero que no me esperase, y no pensé mas que en volver á ganar las cordilleras de los Andes; dejé por tanto todas las mercancías á Don Manuel Carrasquilla que se separó de mí al tercer día de nuestra llegada á San Diego.

Estaba muriéndome, cuando llegaron á ofrecermé un pobre niño de diez años en cambio de dos buchas: acepté apresuradamente, y me creí dichoso teniendo á mi lado esta criatura. El niño pertenecía á la nación de los Albristotes: su padre y su madre habían sido hechos prisioneros por los Mesalles, salvajes antropófagos que habitan en las orillas de Caqueta: los dos primeros habian sido comidos, y el niño cambiado, pues estos barbaros no se comen á los niños.

La pequeña aldea de San Diego está habitada por mas de cien indios que llevan el cuerpo pintado y desnudo, excepto un ceñidor de cortezas de árbol. Cuando uno de ellos muere, se entierra con el difunto todo cuanto le pertenece; una calabaza con pescado es lo único que le acompaña al otro mundo.

No solo atormentan en las casas de San Diego los mosquitos, los murciélagos, los escorpiones y los cien-pies, sino tambien una mosca microscópica, cuya picadura es venenosa. En los bosques se hallan otros enemigos que temer: los primeros y mas numerosos son los *nignás* y las *garrapatás*; estas son tan numerosas que en menos de cinco minutos se ve uno asaltado por millares. Los otros en el espacio de 24 horas le llenan de huevos. Los ataques de estos molestos insectos se evitan frotándose cada día con infusion de aguardiente y tabaco.

Y pues que he hablado de insectos no dejaré de mencionar una pequeña araña encarnada, del tamaño de un guisante, que segun dicen, mata en el mismo instante que muere. Esta araña se encuentra en un país distante treinta leguas de Guatemala, llamado Esequinla, en el que me detuve.

Durante mi permanencia en san Diego, los hombres mas inteligentes de la aldea me hablaron de animales extraordinarios y de plantas maravillosas.

Existe entre ellos, decían, una serpiente que llaman la serpiente-perro: su longitud es de dos metros, su grueso

la de una vela ordinaria; su cuerpo es rayado, verde y negro; su cabeza grande, con dos orejas de tres dedos de largas; tiene el olfato de perro; sigue á las personas por la noche, y si el viajero hace alto en el bosque, apetece tocarle la piel; basta tener algunas hojas de tabaco para ahuyentar esta serpiente.

En las florestas hay un animal que llaman *Quimza nahuit*, ó tres ojos; es un mono negro del tamaño de una ardilla; el cuerpo esbelto y un poco galgueseño; el hocico algo largo; el tercer ojo, que le tiene en medio de la frente, no es verdadero ojo, aunque tiene párpados que abre y cierra: no ve con este ojo privado de pupila, pero le sirve de linterna por la noche, pues abierto le reduce en la obscuridad como una estrella. Este ojo no es otra cosa que una materia carnosa de color amarillo como el huevo duro.

Tambien hay una horniga de cuatro dedos de grande que se llama *hula*: el aguijon es venenoso, pues su picadura causa una fiebre con un delirio que dura veinte y cuatro horas, y una pequeña serpiente llamada *ishapi*, que no teniendo mas que dos pulgadas de largo, salta y se clava en la cara ó en las manos hasta que se la separa con fuerza, pero no tiene veneno.

Se encuentra en los bosques una planta llamada *pincheta* y comunmente *verguzosa*. Cuando el hombre se aproxima á ella se acorta, alargándose cuando el hombre se aleja. Las raíces de este árbol cocidas en agua, dicen que curan las liérnias.

No debo olvidarme de un árbol grueso y muy elevado, del que se hace un líquido parecido á la leche; basta picar ó cortar su corteza, para que salga el líquido blanco y espeso. Se llama á este árbol *palo de Leche* ó árbol de la leche. Esta, mezclada con la resina del pagucu, forma una buena cera para sellar, y mezclada con la cera y gomu copal una brea excelente, de la que usan los salvajes para calafatear sus canoas.

El número de salvajes de esta parte de América asciende á cerca de 56000, divididos en tribus, de las que las mas conocidas tienen los nombres siguientes: Andagües, Tamas, Huesgues ó Mesales, Coreguaces, Payaguaces, Maraguaces, Consaguaces, Bodaques, Guioyoes, Agumingues, Encabellados. Todas estas tribus tienen una lengua particular, guardando entre sí la mayor parte alguna analogía. Estos salvajes, comprendidos los Huagués, Coreguaces y Huitotes, que son antropófagos, recojen cera blanca que cambian facilmente con sus vecinos que la van á vender á Pará. Cultivan tambien el tabaco que es de excelente calidad y sacan de él las mismas ventajás: preparan un veneno vegetal llamado *curare*, veneno muy activo que venden con facilidad; en fin, constantemente tienen provisiones de plumas de pájaros en estremo bonitas con las que adornan las amacas que construyen, y cambian como las demás cosas por buchas, cuchillos, anzuelos y espejos.

Los Huagués ó Mesales son muy laboriosos, reconocen á uno por su capitan y cacique, á quien se presentan cuando tienen un sueño que no pueden desahogar, y este jefe les hace una explicación de él, en cuya explicación creen. Llevan la cabeza adornada de plumas de pájaros y en las narices unas flechas pequeñas; el resto del cuerpo embadurnado de distintos colores. Están en guerra constantemente con los Coreguaces y los Huitotes: se comen los prisioneros, á quienes matan de la manera siguiente: les atan las dos manos, y uno de ellos hace dar vueltas á la víctima, mientras que los otros cantan; matemós al Huitote! y en un momento dado le asesinan dándole un golpe en la cabeza con un arma plana de dos pies y medio de largo, puntiaguda y cortante por ambos lados, hecha de madera y hierro: generalmente no necesitan repetir el golpe para dar la muerte; solo á los niños hasta la edad de catorce á quince años se les perdona, pero los guardan como esclavos ó los venden.

La nacion de los Coreguaces, ó Coreguajes tienen costumbres bastante curiosas tocante á los muertos: los parientes del difunto le conducen hasta la mitad de una montaña, y le colocan cerca de un árbol que le da sombra. Cuando ya no queda del cadáver mas que los huesos, los queman, recojiendo las cenizas que las mezclan con la ruta llamada *jagna*; hacen un licor de color negro, con el que se pintan el rostro y todo el cuerpo, procurando imitar las manchas del tigre, volviendo á casa para bailar y beber la *chicha*, licor que tienen preparado de antemano; y

después de estos regocijos se olvidan enteramente del diluvio, á quien creen haber hecho todos los obsequios posibles.

En estas naciones no se usa la sal, pero en su lugar se sirven de las cenizas de una hoja pequeña, de que siempre tienen grande provision.

La tribu de los andaquies es belicosa y una parte de ella cristiana; recojen estos indios una cera negra con la que hacen velas que van á vender á Timana. Los andaquies tienen en mucho lo que poseen, así es que cuando uno de ellos muere, su familia y sus enemigos, después de haber llorado, exhalado fuertes gritos durante doce horas junto al cadáver, le entierran con cuanto posea. Todas estas naciones están separadas de la población civilizada por las cordilleras de los Andes, que son sus límites al Oeste, al Este el Brasil, el Orinoco al Norte, y el Moco al Sur. Dejé á San Diego á fines de junio acompañado de mi buerfanitú y de mi fiel perra, y con la gracia de Dios volví después de algun tiempo á ver la ciudad de Pasto. *The end.*

APÓSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma. — Levantamiento de los judíos.

(Conclusion).

Después de la muerte de Nerva, cuyo reinado duró solo un año, cuatro meses y seis días, prohibió Trajano las cofradías ó sociedades, con el fin de extinguir así á los cristianos que continuaban celebrando siempre sus asambleas. En Italia hicieron morir á Flavia Eomitilla la jóven, poniendo fuego á su habitación, en donde pereció con dos mujeres que se hallaban á su servicio, Euprosine y Teodora. Algun tiempo antes había hecho morir á otros cuatro de su servidumbre.

Entre el número de los cristianos que sufrieron el martirio en las persecuciones particulares de aquella época, se halla el obispo de Jerusalem, Simeon, hijo de Clophas y de Maria, primo hermano de Jesucristo. Había sido sucesor en aquella sede del apóstol Santiago. Contaba ya la edad de 120 años cuando fué llevado á presencia de Alifco, gobernador de la Siria. Soportó durante muchos días las mayores torturas con una constancia y una paciencia que admiraron á cuantos se hallaban presentes, hasta que al fin espiró clavado en una cruz.

Se puso en su lugar, en la silla que había ocupado durante mas de 40 años, un judío de nacimiento, llamado Justo; porque un gran número de circuncisos habían abrazado el cristianismo.

Siendo Plinio el jóven gobernador de Bythinia, en donde había predicado san Pedro la fé, halló un número de cristianos tan considerable en aquella provincia que creyó debía consultar al emperador sobre la conducta que había de observar con ellos, y habiéndole contestado aquel que no era necesario buscarlos, sino castigar únicamente á los que fuesen denunciados y convictos, esta respuesta proporcionó alguna calma, pero no fué bastante á impedir las persecuciones particulares que se ejercían en cada una de las provincias.

En el año 116 de J.—C. (Trajano, después de haber vencido á los Dacios, pasó al Oriente, marchando hacia Armenia y contra los Partos; y como estuviere en Antiochia san Ignacio, á quien llamaban *Teophoro*, obispo de aquella ciudad, temiendo por su iglesia, quiso ser conducido á su presencia. El emperador le interpuso: «¿Quién eres tú, desgraciado, que desprecias mis órdenes, é inclinas á los demas á su perdición?» Habiendo dicho san Ignacio su nombre de Teophoro, le preguntó Trajano: «¿Quién es quien sostiene á Dios?» El santo le respondió: «Aquel que tiene á Jesucristo en el corazón.—Tú crees por lo tanto, replicó Trajano, que nosotros no llevamos en el corazón á los dioses que combaten con nosotros contra nuestros enemigos?» Ignacio le dijo: «Os engañais al llamar dioses á los demonios de los gentiles. No hay sino un solo dios que lo hecho el cielo y la tierra y el mar y todo lo que en ellos se contiene; no hay sino un Jesucristo, á cuyo reino aspira.

«Hablas, observó Trajano, del que fué crucificado ba-

jo Poncio Pilatos?—Aquel, dijo san Ignacio, que crucificó mi pecado con su autor, y que pone toda la malicia del demonio á los pies de los que le llevan en su corazón.—¿Llevas por lo tanto en tí al Crucificado?—Sí, respondió, porque está escrito: Habitaré y caminaré en ellos.»

Entonces pronunció Trajano esta sentencia:

«Ordenamos que Ignacio, que dice que lleva en sí al Crucificado, sea encadenado y conducido á Roma por los soldados, para que lo devoren las bestias en los espectáculos populares.» A estas palabras exclamó el santo lleno de alegría: «Os doy gracias, señor, por haberme honrado con la caridad perfecta hacia vos, para ser cargado de cadenas como vuestro apóstol Pablo.» Y habiendo sido embarcado en Seleucia con tres de sus discípulos, con escolta de diez soldados, llegó á Smirna, en donde vió á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, su antiguo amigo (1), y en donde halló diputados de todas las iglesias vecinas, que venían á participar de las gracias de aquel martirio. Cuando llegó cerca de Roma, en donde se había esparcido el rumor de su próxima llegada, los hermanos cristianos caminaron juntos delante de él llenos de temor y de alegría; regocijábanse del honor de tener entre ellos á aquel santo, e iban afligidos porque sabían que era conducido á la muerte; y él, habiéndolos saludado á todos, les conjuró á que tuviesen para con él una verdadera caridad, no envidiándole la dicha de ir al Señor; y poniéndose de rodillas con ellos, rogó al hijo de Dios por las iglesias, porque cesara la persecucion, y por la mútua caridad de los hermanos; después fué conducido al anfiteatro, y espuesto á las bestias feroces en presencia de un inmenso concurso del pueblo, el 13 de las calendas de enero, año 107 de J. C. Los ornamentos que quedaron en la arena fueron piadosamente recogidos y llevados á Antiochia, en donde se recibieron con el respeto que era debido á las reliquias de tan santo mártir.

Cerca de dos años después (el 109), sufrió también el martirio el papa san Evaristo, porque no cesaba la persecucion.

En el año 113, se revelaron de súbita los judíos que se hallaban en Alejandria, en todo el Egipto y la Cirenaica, sin que dieran cuartel á los romanos ni á los griegos.

Habiendo muerto el emperador Trajano (el año 117), le sucedió, Elio Adriano, su hijo adoptivo. Aquel príncipe, muy adherido á las supersticiones del paganismo, hizo morir en un principio á muchos cristianos, y entre ellos al papa san Alejandro, sucesor de san Evaristo.

Hacia los primeros años de aquel reinado fué cuando se alzaron en Oriente muchos heréticos, los principales de entre los cuales fueron Saturnino y Carpocras. Los discípulos de este último se apropiaron el nombre de *Gnósticos*, que significa sabios ó iluminados; su culto era una mezcla de idolatría y de magia; con las imágenes de Jesucristo, guardaban las de Pitágoras, Platon y Aristóteles y les hacían iguales honores que los paganos á sus ídolos. Y como tomaban el nombre de cristianos, hacían despreciable al cristianismo con las extravagancias que enseñaban, haciéndole además odioso con las abominaciones que cometían.

A este tiempo, la rebelion de los judíos, comprimida un momento por la fuerza de las armas, había estallado de nuevo. El emperador acababa de enviar una colonia á Jerusalem para restablecer la ciudad, á la que había dado el nombre de Elio capitolino, edificando un templo de Júpiter en lugar del Templo de Dios; y los judíos no pudiendo soportar el ver que se convirtiese á la ciudad Santa en asilo de la idolatría, volvieron á emprender la lucha en la cual sucumbieron: los unos perecieron por el hierro ó por el hambre; los otros fueron vendidos, y los que no pudieron venderse transportados al Egipto.

Tal fué la manera con que se consumó la dispersion final de los judíos.

Muerto Adriano, le sucedió en el imperio Antonino, su hijo adoptivo, de sobrenombre el *Piadoso*, en el año 138. Bajo este reinado hubo también un gran número de mártires en todo el imperio; y entre otros, los papas san Telesforo (año 139), san Higinito (año 142), san Pio I (año 157), así como santa Felicidad y sus siete hijos. Aquella muger, que era de una familia ilustre, al verse citada con ellos ante el prefecto de Roma por orden del emperador, les decía para animarlos: «Mirad hacia lo alto, hijos míos, ved al cielo;

(1) Habían sido á D. por discípulos del apóstol san Juan.

allí es donde os espera Jesucristo con sus santos; continuad fieles en su amor y combatid por vuestras almas y todos soportaron la muerte con la mayor firmeza.

Hacia aquel mismo tiempo (año 430) fué cuando san Justino el *filósofo* compuso su primera apología de los cristianos, dirigida al emperador.

Quejábanse en ella san Justino de que fueran únicamente perseguidos los cristianos, en tanto que se permitían todas las demás religiones, en las cuales se adoraban los árboles, las flores, los cocodrilos y la mayor parte de los animales, y concluía rogando al emperador que no condenase á morir á gentes que no habían hecho mal alguno; «porque os declaramos, añadía que no evitaremos el juicio de Dios, si perseverais en vuestra injusticia. Por lo que á nosotros toca diremos: que la voluntad de Dios ha sido cumplida!»

Mas no por eso dejó de continuar la persecucion; porque el emperador, que era por otra parte un excelente príncipe, participaba mucho de las supersticiones del paganismo, y los pontífices idólatras, viendo el descrédito en que poco á poco caía el culto de sus dioses, invocaban contra los cristianos la severidad de las leyes, el poder de los gobernadores y la credulidad del pueblo.

Antonino murió el año 161, dejando el imperio á Marco-Aurelio, su yerno, y á Lucio Veró, su sobrino, ambos sus hijos adoptivos.

Marco-Aurelio tenía cuarenta años, y de él es de quien se dice con razon que, durante el curso de su reinado, se habia verificado el dicho de Platón, que los pueblos serian felices cuando fuesen filósofos sus reyes. Aquel príncipe se dedicó con cuidado á organizar el interior de su imperio, de concierto con el senado, y en hacer respetar las fronteras continuamente atacadas por la Germania y por el Oriente. Pero, aun cuando quiso hacer alarde de clemencia, y acostumbró castigar con mucho menos rigor que el de las leyes, no por eso persiguió menos á los cristianos; ya por instigacion de los filósofos que no podian soportar que les escudiese hombre alguno en sólida virtud, ya que obrase por sus propios sentimientos, porque se sujetaba á la estricta observancia de la antigua religion de los romanos. La apología publicada por Athenagoro, dirigida por él á los emperadores hacia el año 166, no tocó su corazon; porque, el año siguiente, hubo muchos mártires en Smirna y en Asia, entre los cuales se cuenta á san Policarpo (1) que gobernaba aquella iglesia hacia cerca de setenta años, habiendo sido puesto allí por el apostol san Juan.

De tal suerte, aquellos príncipes, á quienes representa la historia como amigos de la humanidad, como delicados de la tierra, se mostraban injustos, crueles y sanguinarios para con los ciudadanos pacíficos, virtuosos, que no invocaban para su defensa sino la pureza de sus costumbres, su desinterés, su piedad hacia Dios, su fidelidad hacia los dueños del imperio, y que soportando con heroica resignacion los suplicios mas ignominiosos, no pronunciaban contra sus verdugos sino palabras de perdon y de paz.

J. B.

De la construccion de armas de fuego en Madrid, desde su origen.

Cosa por demas sabida es el aprecio en que se han tenido siempre, y se tienen aun, las escopetas construidas en la época en que ejercian con ventajas esta industria varios artistas maldileños. Tuvo esta su origen en el reinado del emperador Carlos V, que trajo de Alemania los dos primeros artifices que trabajaron en la Corte, y que fueron los maestros de todos los armeros españoles.

Bien sea por la bondad del hierro de nuestras minas, ó por la destreza de los artifices, ello es que las escopetas de Madrid adquirieron en breve grande fama en Europa. En varios países se creyó que sus ventajas consistian en el hierro y carbon de España, pero habiendo llevado ambas materias de Madrid, á fin de conseguir iguales resultados, la esperiencia demostró que los cañones construidos con tales elementos no podian resistir las pruebas que los fabricados en Madrid. En tal caso se apeló al recurso de fal-

sificar las marcas de los armeros de Madrid, poniéndolas en las obras que salian de Lieja, Praga, Munich y otros puntos del extranjero; este ejemplo no dejó de tener imitadores entre vicencinos y catalanes, compitiendo así propios y extraños en la suplantacion de las marcas por el deseo de encontrar comprador, y esponiendo á estos á las consecuencias que pueden seguirse de manejar sin desconfianza una arma que no ofrece toda la seguridad necesaria.

Cuan importante sea conocer con exactitud las marcas legítimas y verdaderas que estamparon en sus obras los arcabuceros de Madrid, se halla demostrado en las indicaciones anteriores, y así lo comprendieron el autor de un curiosísimo libro, que publicó en 1795 Isidro Soler, arcabucero del Rey, y el público que no tardó en agotarle, hasta el punto de que hoy con mucha dificultad puede hallarse un ejemplar. Esta obra, doblemente importante como manual del arte de armero, como noticia histórica de este ramo de industria nacional y como indicador indispensable tambien para los cazadores y aficionados á armas de fuego, que pueden comparar las marcas de los cañones con las reproducidas en las láminas que la acompañan, es la que comenzamos á insertar á continuacion y concluiremos en el número siguiente, seguros de que con la reimpression y con la de las láminas que hemos hecho copiar con toda exactitud, hacemos un obsequio á los aficionados á armas de fuego, y aumentamos una curiosidad mas á las que procuramos reunir en nuestra publicacion.

COMPENDIO HISTORICO DE LOS ARCABUCCEROS DE MADRID DESDE SU ORIGEN.

Es el ejercicio de la caza la diversion mas gustosa, útil y entretenida, porque al mismo tiempo que embelesa el alma, haciéndola olvidar de todos los cuidados y afanes de la vida, fortifica y da agilidad al cuerpo por una fatiga moderada, y trae continuamente ocupado el entendimiento en los ardidés y estratagemas de la guerra, por cuyas razones ha sido y será siempre el recreo y aun el alivio de los monarcas, príncipes, señores y demas particulares. La variedad de armas que se usaron antiguamente, han cedido poco á poco su lugar al arcabúz ó escopeta, y como en su seno ó cavidad se desenvuelve é inflama la temible actividad de la pólvora, de la seguridad de aquel pende la de las vidas mas interesantes de los reinos.

De esto se infiere cuanta fidelidad y circunspeccion encierra el arte de arcabucero, y cuánto debe la humanidad á los maestros que en sus obras han llegado á unir la hermosura, la solidez y la comodidad, desterrando hasta la sombra misma de la desconfianza. Los arcabuceros de Madrid han sido los únicos que desde su origen han logrado esta singular satisfaccion, conservando constantes á su patria la gloria de no poder igualar á la seguridad de sus escopetas ninguna de cuantas se fabrican en otras partes. Convencidos de esta verdad los potentados y señores extranjeros, hacen vanidad de poseerlas, y los monarcas y príncipes españoles se las regalan como singulares demostraciones de su afecto.

Algunas naciones de las mas respetables de Europa se han empeñado, no pocas veces, en igualar sus cañones en la bondad y crédito con los de Madrid, como se va en los ejemplares siguientes: Animado un embajador inglés de aquella noble ambicion que los distingue en solicitar la perfeccion de las artes, mandó construir cuatro cañones á los mas famosos arcabuceros de Londres, con las mismas medidas y circunstancias de uno de Madrid, que les presentó para modelo; fabricáronse con todo el cuidado posible, pero ninguno resistió la prueba, quedando todos cuatro reventados, y el madrileño triunfante: recelando el embajador que esta ventaja dimanase del hierro, carbon, etc. hizo se condujesen de Madrid; repitieronse con menos desconfianza las pruebas, pero quedó igualmente victorioso el español, y desconocida su resistencia, pues aunque por entonces se atribuyó á la influencia del aire, por no destruir sin duda la reputacion de los maestros ingleses, quedaron estos tan prendados de ella, que solicitaron con esfuerzo se les permitiese estampar sus marcas en el referido cañón, no para darle mayor realce, sino para que quedase autorizada su excelencia por cuatro Arcabuceros de una Nación á lo que todas miran con respecto en el manejo de los metales.

(1) Fué quemado vivo en una hoguera.

Teniendo presente un comerciante Milanés que en su patria se trabajaba el hierro con algun primor, en virtud de ciertos secretos que poseian para dulcificarlo, determinó conducir desde Madrid los materiales necesarios para la fábrica de cuatro cañones; pero reflexionando que los ingleses no habian dado en llevar la arena del río Manzanares, de que usán los arcabuceros de Madrid para el recaldeo, por evitar esta desconfianza la llevó consigo; hicieronse los cañones en su presencia, pero antes de que se concluyesen conoció, por lo que habia observado en Madrid, que no lograba el intento; con este recelo experimentó dos con solo media prueba, reventaron ambos, y se restituyó con los otros á esta corte, para convencer á los dudosos, que los armeros de Madrid no tienen mas ventaja para la esceleración de sus obras que la de su escuela y grande habilidad.

El augustó rey D. Felipe V, en el año de 1710, época en que era arcabucero de S. M. el famoso Nicolás Bis, mandó hacer prueba con seis cañones trabajados en Francia con el mayor esmero, en competencia de otro igual número de los fabricados en Madrid, que quedaron sin lesion, habiendo reventado los franceses. No dudaba aquel soberano esta resulta, pero la buscó seguramente su justificada benignidad para apoyo de la gracia que concedió entonces á los arcabuceros de Madrid, declarando libre de todo mecanismo su arte liberal, y perdonándoles cierta cantidad que debían al Real erario.

El señor D. Carlos III (que está en gloria) y sus sucesivos hijos, aunque estaban bien seguros de lo mismo, á fin de convencerse por sus propios ojos del delicado y penoso trabajo de los cañones, tuvieron la bondad de mandar á Salvador Zanarro y á Miguel Zegarra, arcabuceros de S. M. principiar y acabar una escopeta á su real presencia, en cuyos benignos semblantes leían estos artesanos, llenos de regocijo, la admiración de SS. AA. á cada paso que la obra adelantaba.

Muchos señores extranjeros solicitaron llevar á sus reinos arcabuceros de Madrid, proponiéndoles partidos considerables, tal vez para descubrir, como algunos han sospechado, si padecía variada la perfección de sus obras con la diferencia de climas; pero ninguno lo ha conseguido.

Acaso habrá quien crea que esta resistencia en dichos armeros nace de temor á la decantada variedad; pero la experiencia de aquellos pocos que precisados á espatriarse, han mantenido en todas partes el mérito y estimación de sus obras, desvaneció esta duda imaginaria: nace, pues, de un verdadero pundonor, y de aquel amor á la patria, que hallándose fortalecido con un loable desinterés, encadena al ciudadano honrado dentro de sí mismo, haciéndole mirar con indiferencia, y aun con horror, una fortuna mas brillante en las regiones extranjeras; lo que se ve palpablemente en la moderada suerte de estos arcabuceros, pues á pesar de su habilidad, y de reunir á un tiempo mismo el conocimiento de muchas artes, no aspiran á mayor fortuna, que la de conseguir la confianza de sus soberanos, y la opinion general, en tanto grado, que estando en su mano construir cañones de corto precio, para lograr mayores ventas, desprecia esta ganancia, contentándose con sacar para pasar estrechamente la vida de las pocas obras que se les encargan, sin querer estampar su nombre sino en cañones, cuyo penoso trabajo en consolidar los materiales mas esquisitos, y en darles toda la perfección imaginable, los constituye raras y costosas.

No niegan los arcabuceros de Madrid, que hay varios en Europa que saben forjar un cañón de bastante aprecio y hermosura; pero además de que nunca podrá igualar la solidez de los fabricados por ellos, se circunscribe por lo comun la habilidad de unos á esto solo, la de otros á construir una llave, y otras piezas separadamente, y como no puede llamarse perfecto arcabucero el que solo sabe forjar un cañón ó una llave, de aquí es, que están muy distantes de poder competir con los de Madrid, no solo en la universalidad, pero ni aun en dar á las piezas que fabrican el punto de perfección y verdaderas reglas que se observan constantemente en las escopetas de Madrid.

Por consecuencia los que hacen éstas, puede decirse sin ensalzarlos demasiado, que escelen á los demas arcabuceros parciales, pues su habilidad se estiende á construir primorosos cuencillos de monte, graciosas bayonetas, frascos de bello gusto, y todo lo perteneciente á la caza de cuantos modos se haya inventado: últimamente, tienen la noble vanidad, de que si no en todos los metales, á la

menos en el hierro llegará su destreza adonde se estiende la de los demas.

Conozco que habrá algunos de estos genios melancólicos, que ciegamente preocupados en favor de los extranjeros, mirarán lo que acabo de referir como una desvanecida exageración; pero en nombre de mis compañeros me convida á demostrarles esta verdad, siempre que gusten hacer la experiencia acorciándose á algun arcabucero de los completos de Madrid.

Debo tambien confesar en honor de la verdad, que si las escopetas de Madrid logran esta prerrogativa, acaso no lo deben tanto á la habilidad de sus constructores, como á la bondad del hierro, y al prolijo y estudiado método que desde los principios emplearon los maestros antiguos en trabajarlas, como se verá en los capítulos siguientes.

Forjábanse en Madrid los cañones antiguamente tirando ó alargando un pedazo de hierro nuevo en forma de barra ó plancha, del largo que se queria el cañón; puesto el hierro en este estado, se iba volviendo hasta que llegasen á tocarse las orillas en toda su longitud; pasábase despues á unir y consolidar la juntura, lo que se hacia metiendo dentro del cañón una varilla ó broca de hierro de la mejor calidad que se encontraba, y sobre ella, luego que estaba en disposición, se golpeaba con el martillo hasta que no se conociese dicha union, debiendo tener el mayor cuidado en no dar ningun golpe sino sobre la broca cuando se caldea, porque de hacerlo, no pegaría el hierro, y quedaría en falso la obra.

Aunque este método de forjar era el comunmente adoptado en toda la Europa, como lo es en el dia con poca diferencia, no tardaron los maestros de Madrid en percibir, que tenia el gravísimo inconveniente de que quedando siempre la veta del hierro á lo largo, era muy difícil consolidar el cañón de modo que opusiese en toda su estension una resistencia igual al impetu de la pólvora, y por consiguiente, que dejasen de reventar muchos al tiempo de probarlos; para precaverlo tomaron el medio de solapar, esto es, cargar una orilla sobre la otra, y efectivamente consiguieron, no solo que á menos golpes de martillo uniese mejor el hierro, sino que tambien contraponiéndose la veta, fuese mucho mayor su resistencia.

Conseguida esta ventaja, quedaba por vencer otra dificultad mucho mas importante, cual era, el evitar la pérdida de todo el cañón cuando se echaba de ver en el algun pedazo de hierro árido ó escabroso, pues forjándolo todo de una sola pieza, era imposible separar una parte sin destruir el todo; y como era tan difícil encontrar una barra que tuviese la misma calidad de hierro en toda su estension, para que saliese el cañón igual, segun lo habia demostrado muchas veces la experiencia, creyeron, que no habia mas arbitrio que el de forjar á trozos de una cuarta poco mas ó menos, los cañones todos, para precaver las contingencias.

Lograron efectivamente por este sencillo medio, no solo la utilidad de poder reemplazar con un trozo bueno al que entre los cinco ó seis de que se compone el cañón se encontraba de mala calidad, sino que tambien la de que solapando muchas veces las uniones, se cruzaban y confundian las vetas del hierro, dejándolo mas unido y compacto; de modo, que no tardaron en conocer las ventajas de este método en la fortaleza de los cañones, y en la mejor construcción de todas sus partes, como precisamente debia suceder; pues además de que podian quitar facilmente el trozo que no correspondia á la bondad de los otros, los caldaban con mucha mayor solidez y perfección, ya porque era mas facil manejar un trozo de una cuarta, que el cañón entero; y ya tambien, porque podian dársela todas las caldas que el artifice queria sin recelo alguno, á causa de que tomando cada trozo de por sí, es la broca ó almu que tiene en el medio tan corta, que no hay el peligro de que se rompa y quede metida dentro, como muchas veces sucedia con la larga; de lo cual resultaba, que el maestro mas escrupuloso daba solamente al cañón las caldas que creia suficientes, temiendo siempre las funestas consecuencias de la longitud de la mencionada broca; pero con el método de forjar á trozos se consiguieron ambas ventajas, por cuya razon subsiste hasta hoy, aunque emplean otro hierro, y se valen de otras precauciones.

Concluida la operación de la fragua, se barronaba el cañón, y para asegurarse despues de su solidez y resistencia lo probaban, echándole dentro una cantidad de pólvora

ra igual al peso de la bala que recibía, con un taco muy justo y embreado; sobre éste el peso de cuatro balas de perdigon zorrero con otro taco como el primero; cargado el cañon en esta forma le disparaban en un lugar apartado, y si resistía tres veces seguidas la misma prueba, le ponían las marcas, y proseguían en su trabajo hasta la conclusion.

Es verdad, que los cañones forjados en aquellos tiempos eran tan pesados, que ninguno bajaba de cuatro libras y media, y por esto no hay de qué maravillarse, en que teniendo tanto cuerpo, pudiesen resistir unas pruebas de esta naturaleza.

Hasta principios de este siglo se mantuvo el método de forjar los cañones de hierro nuevo, segun dejamos referido; y como á pesar de todas las precauciones que tomaban en buscar y elegir el mejor, se desgraciaban muchos cañones al tiempo de probarlos, conociendo el famoso Nicolás Bis, arcabucero de Felipe V, que este daño nacía mas bien de la mala calidad de la materia, que del modo de manejarla, intentó corregirlo en su origen mismo.

(Se continuará.)



NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LETENEA.

(Conclusion).

VII.

Mohino y avergonzado del mal éxito de su jornada, entraba el conde tres dias despues en el régio alcázar de Sevilla. El rey Enrique IV naturalmente bondadoso, y no muy diligente en las cosas del estado, apenas le mostró pesar alguno, pues antes bien salióle al encuentro con agradable semblante, y tendiéndole una mano amiga, le dijo:

—Perdonadme, buen conde, que os haya puesto en tan grave empeño. Debi pensar que apartaros de vuestra bella y amada esposa, era poneros en el camino de las desventuras... Pero consolaos de vuestra derrota, pues que si no podéis traerme cabezas de moros, en cambio puedo yo devolveros á Doña Leonor tan bella y honrada cual la dejásteis.

Dudaba el conde si eran irónicas ó sinceras las palabras del rey, pues no acertaba á explicarse ni cómo su esposa vivía, ni cómo se ignoraba en la corte cuanto habia pasado en su quinta de la Algaba. Y sin embargo, era verdad que nada se sabia, pues Doña Leonor ocultando con honrada prudencia los extraordinarios sucesos que por ella habian pasado, hizo creer que la habian libertado de perecer en la inundacion las barcas de pescadores que acudieron á darla oportuno auxilio. El hecho era verosímil, y fué fácilmente creído hasta por el propio conde, que poco despues lo oyó referir á su misma esposa delante del rey y de la reina.

Cuando Doña Leonor hubo brevemente referido su invariable fábula, pidió la reina al conde le contase pormenores de su desastrosa jornada, y éste que por razones particulares no deseaba otra cosa, dirigióse á Doña Leonor, y clavando en ella los ojos como para espiar el efecto que la produjesen sus palabras, la dijo.

—Veo, mi señora, que Dios ha querido salvarnos á los dos de una muerte casi cierta, punto menos que milagrosamente.

—¿Cómo! también vos habeis corrido algun riesgo grave? le preguntó Doña Leonor con vivo y sincero interés.

—En la guerra, repuso el conde, siempre se está cor-

riendo grave riesgo, y el de que os hablo, no sería ni mas ni menos extraño que otro cualquiera, si no fuesen un tanto cuanto extraordinarias las circunstancias que me libertaron de él.

—¿Se os apareció algun encantador amigo? preguntó la reina con graciosa donosura.

—Punto menos que eso, señora. Figúrese vuestra alteza que acosado por cinco perros infieles peleaba á pié firme, por haber perdido mi caballo, contra todos ellos, cuando se me apareció como una sombra un caballero de los míos, mató á dos de mis contrarios, puso en fuga á los demas, y en seguida me ofreció su caballo, que es el mismo en que he entrado en Sevilla, y cuya ligereza me salvó de los ginetes morunos.

—¡Notable hazaña! exclamó la reina: fué gran generosidad en vuestro salvador exponerse así por vos, pues es claro que quedándose él á pié, ha debido correr muy graves peligros...

—¡Oh! señora: si él hubiera quedado en peligro, no habría yo aceptado su generosa ayuda...

—¿Pudo quizás guarecerse con tiempo?

—Si señora: guarecerse en asilo, donde ya ningun poder humano podrá alcanzarle...

—¿Qué quereis decir? preguntó Doña Leonor, á quien un secreto presentimiento la hacia escuchar ya toda temblando el relato del conde...

—El pobre caballero venia herido de muerte, y poco despues de haber salvado mi vida, perdió la suya en mis brazos.

—¡Oh! Decidnos su nombre, repuso la reina enternecida.

—Si, decidlo, añadió Doña Leonor, para rogar á Dios por él en mis diarias oraciones.

—¡Pobre caballero! continuó el conde, mirando mas de hito en hito á su esposa ¿quién le habia de decir el funesto fin que le aguardaba, cuando vuestra hermosa mano le cedió pocos dias há la espuela de caballero?

—¿Era Hernando? preguntó la reina.

Pero el conde ni oyó siquiera la pregunta, porque convulso de ira habia tendido los brazos para recoger el cuerpo de su esposa, que poseída de un repentino desmayo habia perdido el sentido. Al verla en tal estado, dispuso la reina se la condujese á una estancia retirada para auxiliarla

inmediatamente, y así se hizo, siguiéndola su esposo, que reprimiendo por eufanes sus celosos impetus, se esforzó en mostrar todo el interés que pudo para mejor disimular los amortiguados conatos de venganza, que tornaron entonces á fraguarse en su pecho mas ardientes que nunca.

Pocas horas despues se hallaba ya sin testigos el conde á la cabecera del lecho, que apenas restaurada de su parasismo ocupaba doña Leonor, contemplándola cruzado de brazos, y esperando sin duda el momento de que enteramente recobrada pudiese oír las terribles recriminaciones, que la preparaba en su mente.

Cuando este momento hubo llegado, cerró el conde por dentro la puerta de la estancia, y volviendo á cruzarse de brazos ante su mujer, que pálida y desahogada le miraba, la dijo con sardónico acento...

—Me alegro, señora, de saber cuánto es el amor que os debo, pues solo la narracion de los peligros que he corrido, ha estado á punto de quitaros la vida... Es menester que no seais tan estremada en vuestros afectos, señora, porque si no parais en ese camino ¿que será de vos, cuando me lieran ó me maten en alguna batalla?...

—Pediré á Dios que no suceda, replicó la condesa con trémulo y lloroso acento.

—¡Oh! ya sé que sois muy buena cristiana, y que os place rogar á Dios, sobre todo por los muertos...

—¡Por los muertos!... sí, señor conde, sobre todo, cuando esos muertos, mientras vivian, salvaban á vuestra esposa de la mas injusta venganza, y os libraban á vos d' un remordimiento, de un crimen, que no habriais podido disculpar en el tribunal supremo...

—Es decir, señora, que segun vuestras palabras, no fueron pescadores los que os sacaron de la quinta.

—Ni los que lavaron en mi cuello la sangre que vos habiais derramado...

—Ni los que sin duda os dijeron amorosas ternezas, que vos como agradecida guardais en el fondo del alma...

—¡Ah! callad... no provoquéis mas la cólera divina...

—Callad vos, y no ofendais al Cielo, poniéndolo por testigo para ocultar vuestras liviandades... ¿Por qué habeis ocultado que fué Hernando quien os salvó?...

—Porque creí que á nadie si no á vos debía decirlo.

—Y sin embargo, no lo habriais dicho, estoy muy cierto de ello, si el desmayo que os tiene en ese lecho, no me hubiera revelado mi deshonra.

—Si tal creéis, si tanta es vuestra ceguedad que no puedo conseguir desengañaros, rogaré tambien á Dios que os ilumine y os perdone...

—Basta ya, señora, de invocar á Dios para disculparos: invocadla para que os asista en vuestra última hora, porque la teneis ya muy cercana...

—¿Quereis otra vez atentar contra mi vida?...

—Dentro de dos horas os traeré algun cordial que cure de raiz vuestros desmayos...

—¡Oh! acudiré al rey, le contaré la verdad, exclamó doña Leonor incorporándose en el lecho como para arrojar-se de él...

—Entonces, señora, perdereis la vida y la honra, porque os acusaré de adulterio ante su alteza: os lo probaré en juicio, y os haré enterrar viva en lo mas hondo de un cláustro.

—¿Adúltera yo!

—Sí, adúltera...

—Mentis, exclamó entonces un guerrero, que armado de punta en blanco y con visera calada penetró por la puerta de la estancia, dejándola cerrada en pos de sí; mentis, conde de Castañeda, y es lo sostengo con todas armas, en campo abierto, ó aqui mismo si quereis.

El conde oyó este reto del recién llegado tan inopinadamente y sin contestarle, volvió á su esposa, y la dijo.

—Ven crecer el número de vuestros salvadores, y me alegro, señora, de hallarlos tan celosos de vuestro bien que vengán á defenderos á vuestra misma estancia.

—En todas partes se defiende la inocencia, repuso el recién llegado.

—Y en todas partes se castiga la osadía, le replicó el conde, sacando la espada.

Doña Leonor habia vuelto á su anterior parasismo en cuanto vió entrar á su nuevo favorecedor, que sacando tambien el acero, se puso frente á frente del conde, y le dijo con solemne acento

—¡Señor conde! oidme bien antes de cruzar vuestra

acero. En nombre de Dios os digo que en vuestro honor no hay mancha ninguna: que vuestra esposa es la mas pura de las mujeres, y que ni un con el pensamiento os ha ofendido. Si despues de esta declaracion, insistis en reñir conmigo, vos solo respondereis á Dios de tan injusto combate.

La respuesta que dió el ciego conde á tan piadosa intimacion, fué arremeter á su contrario con tanta saña y denoedo que del primer tajo le derribó en el suelo; metiéndole en seguida la espada en el sobaco por la juntura del peto y espaldar. Inmediatamente y sin curarse de sacar la espada que le habia hundido hasta el pomo, le levantó la visera con objeto de reconocerle; pero por mas que sus ojos ansiosos recorrieron la cavidad del morrión, no halló cara ni cabeza. Trémulo de espanto, desató despues las correas del peto, y al separarlo del espaldar, vió con sus propios ojos una armadura hueca, sin contener en su cavidad mas que un puño negro.

Con el cabello erizado, púsose entonces á examinar despacio aquellas piezas de hierro, que acababa de ver moverse como sustentadas por un cuerpo humano, y pronto reconoció ser las mismas con que iba armado Hernando de Santillana, cuando tres dias antes le habia salvado la vida.

El pobre caballero entonces, derramando lágrimas de arrepentimiento, llegó al lecho donde yacia su esposa, y arrodillándose ante ella empezó á pedirle perdon humildemente. Pero ella no le respondia; y el conde, juzgando este silencio castigo de sus sospechas, cogió una mano que pendiente sobre la colcha tenia doña Leonor para regarla con sus lágrimas; pero estas lágrimas tardias heláronse de pronto en su mejilla, sintiendo el frío mármoleo de la mano, que estrechaba, y que era en efecto la mano de un cadáver.

Aquella santa mártir de su virtud acababa de morir sin pronunciar una palabra, sin un gemido, pero con la mente y el corazon puestos en la sagrada Virgen del Amparo, que la habia llamado á su eterno seno en el instante de ver al conde convencido de su inocencia.

GABINO TEJADO.



TRAJES DEL SIGLO XIII.

Disculpa, Redaccion y Oficina calle de Iscarreros, número 22.

MADRID: EN LAS 2 rs. 214 220. UN AÑO 240.—Librerías de Pereda, Cuervo, Manó, Matute, Jaimon, Gaspar y Boig, Poyper, Vial y La Publicidad, Bibliografías de Pelágrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAL. Tres meses 2 rs. 214 220.—Remitiendo sus libranzas sobre correo 6 meses de por sí, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Iscarreros, n. 26, ó en las principales librerías.

SE PUBLICA los días 15 de ABRIL y 15 de MAYO, en la Calle de Iscarreros, número 22.